

UN PASEO A MÉXICO.

1859 Y 1860.

PRIMERA PARTE.

El 20 de Abril de 1859, á las nueve de la mañana, el vapor «Sonora» tiró su último cañonazo de despedida; desprendió las amarras que lo detenían á los pilares del muelle Jackson; sus ruedas comenzaron á entrar en movimiento, y diez minutos después los seiscientos pasajeros que llevaba consigo, saludaban por la postrera vez con hurras y exclamaciones pronunciadas en diferentes lenguas, el magnífico panorama que presenta la ciudad de San Francisco en la Alta-California.

Yo me encontraba colocado entre esos valientes argonautas que llevaban á su país una parte mas ó ménos grande del toison de oro; y si mi voz estaba muda, mi espíritu se encontraba fijo todavía sobre la ribera; deliraba con todas las reflexiones que inspira ese país casi fabuloso, donde se hallan amontonadas tantas riquezas y tanta actividad. Allí, me decía yo, se levantaba hace apenas doce años, un miserable presidio construido de adobes y rodeado de algunas cabañas, donde un centenar de soldados mexicanos arrastraban su vida; la costa no presentaba sino una línea no interrumpida de arenas amarillas; y tres ó cuatro barcas de pescadores, perdidas en las sinuosidades de la costa, eran las únicas que daban señales de vida en la bahía

mas vasta y mas hermosa del universo! ¿Qué genio ha podido animar estas playas desiertas y cambiado en una ciudad tan populosa y espléndida esos fragmentos de barro endurecido que servían de prision ó de cuartel, y esos trozos de madera groseramente escuadrados que la cubrían? ¿La magia desertándose del Oriente ha escogido estas nuevas comarcas para teatro de sus deslumbradoras bellezas? ¿Y yo, pobre viajero, ávido de emociones y de descubrimientos, he sido durante siete meses el juguete de un largo sueño?.....

Un hurra mas estridente, que hacia honor á los grandes pulmones de mis compañeros de viaje, vino á poner un término á mis vacilaciones.

Estaba yo muy despierto cuando recorría esa calle de Montgomery, tan ancha y tan hermosa, cuando admiraba el *Pacific-Exchange*, el *Hotel de Postas*, la *Aduana*, el *Metropolitan-Theatre*, tan vasto como nuestro teatro de la Opera, la gran Catedral irlandesa, el *Hotel de Ville* y las casas de los particulares tan cómodas y tan bellas. Yo no estaba ciertamente alucinado por ninguna especie de magia negra ó blanca, cuando saboreaba el *roteris française*, lo mas confortable de la vida gastronómica, donde criados perfectamente listos me servían ricos platos en los gabinetes de *Barnum*. Los largos tasajos de car-

ne secada al sol, que formaban las delicias de los Lúculos californios, la insípida tortilla de harina de trigo, y esas suculentas barbacoas con su sazón obligado de chile colorado, han desaparecido con el viejo presidio, las derruidas cabañas y las carcomidas barcas, y ¡se las ha llevado..... el diablo sin duda, para no volver nunca!

Se distinguían aún los mástiles de trescientos á cuatrocientos navíos anclados en la bahía; esos blancos cisnes que parecían volar sobre el horizonte, eran los vapores de Stokton y de Sacramento, que surtían diariamente de provisiones á las ciudades del interior; esas numerosas chimeneas que humeaban como cráteres, hacían mover las máquinas de veinte fábricas. Esa actividad, esa riqueza, ese bienestar, todo ello era muy cierto, todo ello era tan real, como que un genio benéfico las había creado en un instante con solo el aliento de su pecho vigoroso; nada mas que ese genio no se llama ni Murzu ni Alcidon, sino que como todos los genios cristianos tiene un nombre y un pronombre: se llama *Trabajo é Industria*.

¡Adios, pues, hermosa California, que me has dado en el poco tiempo que he tardado en recorrerte, una idea tan grande de la potencia humana! Nada importa que el oro se agote en tus placeres; tú has sabido crearte otras mil fuentes de riqueza en tu seno fecundo, y mereces por tu audacia y tus valerosos esfuerzos, que fulgure tu estrella con el mas vivo resplandor sobre el pabellón americano.

Algunos dias después de haber abandonado el puerto del Oro [golden-gate], doblamos el cabo San Lúcas, dejando tras de nosotros el mar Bermejo y las ricas pesquerías de perla de la Baja-California. El *Sonora* se dirigía con toda rapidez hácia la rada del Manzanillo.

Permitid que haga aquí algunas observaciones que creo indispensables. Desde el momento en que descubrí la bella situación del Manzanillo, hasta el dia en que escribo estas líneas, han pasado ya veinte meses. He empleado la mayor parte de este tiempo en recorrer á México. He estudiado sus producciones, su riqueza, sus elementos de prosperidad y aun el genio y la aptitud de su pueblo. Desde ese momento también comenzó á nacer en mi corazón un sentimiento grande de simpatía por este país, hasta hoy tan desgraciado; y otro sentimiento de amargura y casi de odio contra los que lo han conducido á un estado tan triste.

Todo lo que puede crear la mas ardiente imaginación; todo lo que puede apeteer la codicia mas insaciable, se encuentra en esta tierra prometida de Anáhuac. La naturaleza la ha hecho el objeto de sus mas tiernas caricias; ha derramado sobre ella, con una mano pródiga, sus tesoros y sus bellezas; y reuniendo en su superficie los climas mas diversos, parece decirle á cada hora: «Yo quiero que produzcas cuanto produce el mundo entero; que todo lo tengas á la mano, y que disfrutes de ello eternamente.» Y sin embargo, nosotros los europeos, en nuestras conversaciones en que se habla de tantas cosas, cuando nos dignamos fijar por un instante los ojos sobre México, decimos simplemente: «Ese es el país de las minas de plata, de las procepciones y de la guerra civil.» ¿Y es cierto esto? Tan cierto, como que Humboldt, desde 1804, quiso añadir alguna cosa á esa opinión tan concisa; pero la obra de Mr. Humboldt se encuentra solo en las bibliotecas escogidas, y la multitud solo cuenta para conocer á México, con la opinión de algunos autores de seguidillas ó de novelas que han viajado á largos pasos,

como verdaderos eruditos á la violeta!..... Sí, es muy cierto; hay aquí ricas minas, bastantes procesiones, y acaso habrá todavía guerras civiles; pero hay tambien un vasto campo abierto para toda clase de especulaciones al mundo entero. Hay una palabra escrita por todas partes; en el azul del cielo, en el fondo de los llanos, todavía cubiertos de antiguas yerbas y de céspedes que esperan el arado, sobre esas montañas que tienen un pedestal de plata; y esta palabra mágica que yo leo con los ojos del corazón, es: *Porvenir*.

Todos nosotros, yo el primero, y de ello me glorío, hemos pagado un justo tributo de elogios y admiración á la república del Norte; pero es necesario no perder de vista los méritos de cada uno. Cuando los cuáqueros de los tiempos de Cromwell vinieron á poblar y á fertilizar los desiertos del Potomac, ellos trajeron con sus costumbres, principios muy absolutos en materia de libertad. Sus hijos no hicieron mas que desarrollar estos principios y perpetuarlos á la sombra de la gran constitución inglesa; y cuando sonó la hora de la independencia, estaba ya formado el pueblo nuevo y listo para marchar adelante al sonido de esa palabra que ha escogido por su grito de guerra industrial: *Go-a-head*.

¿Cuán diferente ha sido la suerte de las colonias hispano-americanas! La España no hizo construir al derredor de ellas una gran muralla; y en esto mostró mas inteligencia que los emperadores de la China, porque sabia muy bien que las murallas de piedra se escalan ó destruyen, mientras que las ideas se fijan al traves de las médulas: hé aquí por qué quiso mejor construir sus reductos sobre el corazón de los criollos. Para formar su barrera envió un ejército de frailes y de sacerdotes, aliados fieles de los caprichos de Carlos V, y frios

ejecutores de las crueldades de Felipe II. Ellos cumplieron perfectamente bien su misión, porque aun se ven sus huellas. ¿Cuál era esta? Bien poca cosa. Debían sofocar el pensamiento bajo el peso del fanatismo y del terror; y ahogar el espíritu de tal manera, que no se vieran en el mundo entero mas que dos cosas: la Iglesia y la España.

Detras de los directores de conciencia y de los pedagogos venia la inquisición, encargada de hacer entrar en razón y de convencer á los incrédulos, por el terrible argumento de la hoguera. Las restricciones de todo género, las prohibiciones aduanales, la clausura de los puertos al comercio extranjero, todo esto no tenia sino una importancia secundaria. Quiso además dejar á los criollos los goces de la vida material, aunque haciéndoles pagar bien caro; pero se les rehúsó el derecho de la vida intelectual, y se les confiscó el alma para la mayor honra y gloria de Dios y de S. M. C.

Sin embargo de esto, y á pesar de esa asfixia moral é intelectual; á pesar de la celosa sobrevigilancia de sus señores, la idea logró atravesar el Océano y penetrar hasta México. ¿Cómo sucedió esto? Yo no soy capaz de explicarlo; pero el hecho es cierto, y ella se difundió á pesar de tantos ojos interesados en vigilarla y de tantos brazos dispuestos á sofocarla. Oscura y tímida al principio, ella fué levantando con sobrada paciencia las capas del embrutecimiento, amontonadas sobre México por el largo período de tres siglos, preparando en el misterio los nuevos elementos de vida; y cuando se conoció que su aurora estaba inmediata, desplegó sus alas de oro, se posó sobre el corazón de las víctimas, y les gritó con su vibrante voz: «*¡Lázaro, levántate, que estás libre!*»

La revolución que comenzó en este día

para México, esto es, el 15 de Setiembre de 1810, duró once años, al cabo de los cuales este país se contó en el número de las naciones; pero como debe suponerse, esa resurrección que abría las puertas del porvenir, no podía desde luego cerrar las puertas de lo pasado. El soplo de la idea que habia encendido la llama pura de la libertad, no habia podido consumir el enorme material amontonado en trescientos años de hábitos inveterados y de añejas preocupaciones. El pueblo marchaba, sin embargo, orgulloso de su victoria, pero desnudo, sin experiencia, y entregado á los inestables caprichos de la incertidumbre. Han sido necesarios muchos años para que pudiera adquirir la experiencia, y para que las tradiciones se fueran consumiendo por falta de pábulo; y en estos años, preciso es confesarlo, *han sido muy fecundos en desórdenes y crímenes*.

¿Pero tendremos nosotros el valor de arrojárselos á la cara, para que de ellos se avergüence á la nación mexicana? ¿Podremos en conciencia reprocharle un estado de cosas que la España le ha legado como su última maldición? ¿Y permitiremos que sirva de objeto á las burlas de talentos ligeros, este Hércules que por el espacio de cincuenta años despedaza su carne y sus entrañas por arrojar lejos de sí la infame túnica del centauro Neso?

Seamos justos y consecuentes con nuestros principios. Aplaudamos el genio atrevido de los republicanos del Norte, pero acordemos nuestras simpatías y nuestra admiración á estos otros republicanos que luchan al traves de mil obstáculos para colocarse al nivel de las ideas del siglo y marchar tambien adelante.

Por ahora, si lo quereis así, volverémos á la costa Suroeste de la república mexicana.

SEGUNDA PARTE.

ACAPULCO.

El Manzanillo es una pequeña población compuesta de algunas docenas de cabañas construidas de caña. Su aspecto es bastante miserable; y yo creo que los mismos empleados de la aduana rehusan habitarlo bajo diferentes pretextos, y residen ordinariamente en Colima, no viniendo á ocupar su puesto sino cuando se avisa la llegada de algun navío; lo que no sucede frecuentemente.

Pero si la población es pobre y triste, en recompensa su rada es segura, espaciosa y profunda, lo que es mas importante; pues tiene una profundidad de doce á quince brazas de agua, con un fondo de arena, casi hasta tocar con la costa. Su posición, por la parte de tierra, es de lo mas ventajoso. Si México no desconoce su destino, y abre á la emigración, cuando su revolución triunfe, una ruta fácil y segura, el Manzanillo, que yo he visto tan miserable, será uno de los puntos que abandonarán su ropaje andrajoso, para vestirse el de gala, que es el que le conviene; como le ha sucedido al puerto de San Francisco.

En efecto; independientemente de la importancia que ha tomado ya de doce años á esta parte el comercio marítimo del Pacífico, los trabajos comenzados en el istmo de Nicaragua y de Tehuantepec van dentro de muy poco tiempo á reunir los océanos. Los Estados que se encuentran sobre la costa Sur y Oeste de México, no estarán entónces tan desventajosamente colocados para entrar en relaciones directas con la Europa, y se pondrán en la misma línea en que lo están hoy Veracruz, Tamaulipas, Tabasco y Yucatan. Entónces el rico Estado de Michoacan y el de Coli-

ma, además de los preciosos metales que contienen, podrán cultivar con provecho en casi toda su extensión, la caña de azúcar, la cochinilla y todos los productos de los trópicos; y como estarán muy interesados en abrir al comercio sus puertos, el Manzanillo será naturalmente escogido, tanto por su inmediación á Colima, como por lo muy poco que puede costar el ponerlo en buen estado de servicio.

Veinticuatro horas después de nuestra corta escala sobre las costas de Michoacán, vimos al capitán correr al lado del timonel de servicio en el gobernalle, y permanecer muy atento á la maniobra. Esto me sorprendió demasiado, porque el cielo estaba sereno, la mar en calma, y nos encontrábamos á distancia de un tiro de pistola de la costa, que se dibujaba en el horizonte como una larga muralla de rocas gigantes. Mi sorpresa no duró largo tiempo. El *Sonora* volteó súbitamente hácia la tierra y se dirigió á una especie de garganta, de una anchura de doce á quince metros á lo más, que era imposible distinguir ántes de tenerla de frente. Se tiraron dos cañonazos de aviso, y aun no se había disipado completamente el humo, cuando se presentó á nuestra vista un espectáculo sorprendente. Nos encontrábamos en el centro de una bahía inmensa y tranquila como un lago, rodeada de elevadas montañas cubiertas de verdura y de flores. En el fondo de este delicioso panorama una pequeña ciudad, de casas blancas y coquetas se levantaba en forma de anfiteatro, desde el centro de un gran bosque de limoneros, cocoteros y nopales enormes. Aquello era Acapulco.

La llegada del vapor de la línea de California no es un pequeño acontecimiento en este puerto tan bello, pero tan poco frecuentado todavía. Desde que se nos dis-

tinguió, más de cien embarcaciones de todos modelos dejaron la ribera y vinieron á fuerza de remos á rodear la masa inmóvil del *Sonora*. Estas embarcaciones estaban llenas de frutas, de refrigerios y de ramilletes que los indios vienen á vender á los pasajeros. Yo permanecí algun tiempo contemplando embebido aquel espectáculo tan pintoresco y tan lleno de animación. De en medio de aquella multitud de barcas aparecían súbitamente nadadores intrépidos que pertenecían á la casta de los pintos, y que parecían estar cómodamente en el agua, como en su propio elemento. Se les arrojaban algunas monedas, que ellos iban á buscar hasta el fondo del agua; y cuando su porta-moneda, es decir, su boca, estaba llena, se retiraban tranquilos hácia la playa, distante cosa de tres metros. Estos anfibios nadan algunas veces dos ó tres horas seguidas; hacen mil cabriolas en el agua, y no se fatigan más que nuestros estudiantes después de haber dado una vuelta en la escuela de natación.

Mi compañero de viaje, Mr. Macotela, vino á hacerme presente, que si nos tardábamos un poco más, nos sorprendería la noche ántes de llegar á tierra, y tuve que resolverme á dejar el *Sonora*. Yo, sin embargo, no abandoné este espectáculo sino para encontrar otro nuevo. Como el vapor permanece ordinariamente cinco ó seis horas para renovar sus provisiones de carbon y para desembarcar algunas mercancías, la ciudad se viste de gala para recibir á los pasajeros, que frecuentemente van á tierra á echar un paseo. Comenzaba á presentarse la noche cuando nosotros desembarcamos en el muelle de la aduana. La plaza estaba cubierta de mesas y de esteras, é iluminada por una infinidad de faroles de papel de color. Sobre las mesas y las esteras se encontraban colocadas diver-

sidad de frutas, conchas de toda especie, abanicos de plumas de mil colores, canastillas de formas curiosas, y esa multitud de bagatelas que son el producto de pequeñas industrias en todos los puertos. La mayor parte de las casas se habían transformado en tiendas, en las que algunos tocadores de harpa y de guitarra se esforzaban por atraer á los consumidores. Todo parecía lleno de júbilo y de bienestar, y al través de los pliegues del rebozo nacional, se encontraban esos ojos tan dulces y rasgados, que no había vuelto á ver desde mi partida de Cádiz.

¡Pero esa animación, esa fiesta es tan pasajera! Las velitas encerradas en los faroles de color aun no se habían consumido, cuando los pasajeros del *Sonora* volvían á bordo, y la ciudad volvió á entrar en su habitual letargia.

Aquí comienzan las emociones perdidas para un viajero. Entra en un puerto magníficamente situado, y sabe que el país que lo rodea es rico y fértil; y después de una hora de movimiento ficticio, que produce el paso de un vapor extranjero, no se vuelve á encontrar en la ciudad más que tristeza, silencio y abatimiento. ¿Ha llegado uno á un pueblo que nace ó que se muere? Lo uno y lo otro. Es la hora misteriosa y sombría de la creación del Fénix, que deja en el corazón un doble sentimiento de dolor y esperanza.

TERCERA PARTE.

Segun lo he dicho ya, Acapulco está construido en forma de anfiteatro; sus calles, perpendiculares á la mar, están construidas sobre un declive sumamente rápido pero son muy anchas y muy aseadas. Las casas, generalmente hablando, están muy

bien construidas; y á pesar de la carencia casi absoluta de comercio, se conoce que allí no hay miseria.

M. Macotela traía de Mazatlan algunas cartas de recomendación para los Sres. Arzonilleta, á los cuales fuimos á hacer una visita á la mañana siguiente de nuestra llegada. Estos señores quisieron ocuparse de proporcionarnos una guía y las cabalgaduras necesarias para marchar á México. Nos ofrecieron además presentarnos al general Alvarez, lo que era para nosotros una gran fortuna, que me apresuré desde luego á aceptar; y desde mi llegada á México tuve el honor de estrechar entre mi mano la del último veterano de la independencia, uno de los lugartenientes de Morelos, que ha desempeñado hasta el día un papel muy importante en la historia de México.

Antes de partir no me fué posible ocultar á los Sres. Arzonilleta los temores que me inspiraban los ladrones: "cuando yo visité la España, le dije, en 1852, era aún bastante joven para correr tras de ciertas emociones que me parecerían hoy muy desagradables. Entonces me burlaba de los terrores de Carlos N..... que me acompañaba en aquel viaje; y á cada encrucijada del camino me paraba á provocar con toda la fuerza de mis pulmones, la llegada de algun *Fra-Diávolo* y de sus compañeros, armados de trabucos, y cubiertos con sombreros adornados de plumas de gallo, como en la ópera cómica. Pero hoy que veo las cosas al través de un prisma que no está en el tono de la música de Adam ó de Auber, me parecería muy ridículo llegar en calzoncillos y chinelas."

—Señor, me respondió uno de los asociados de la casa; nada teneis que temer hasta Cuernavaca; y podeis caminar hasta aquella ciudad como querais, de día ó de

noche, sin ser detenido. Pero entre Cuernavaca y México la cosa es muy distinta; y se puede apostar ciento contra uno á que seréis robado.

—Diablo! le repliqué. Yo siento infinito que Cuernavaca no sea la capital de la república.

—Ojalá, exclamó mi interlocutor, que el tío Pin viviera!

—¿Y quién era ese tío Pin? ¿Es acaso un ser fantástico y original como el tío Tom?

—Oh, nada de eso. Escuchadme. Obligado por mis negocios á ir á México frecuentemente, me quejaba, como lo haceis ahora, de la poca seguridad de los caminos, cuando uno de mis amigos me puso afortunadamente en comunicacion con el tío Pin. Este era un personaje tan singular como misterioso, que no se ponía á disposicion sino de un pequeño número de personas escogidas ó que le estaban recomendadas por estas. Cuando se tenía la felicidad de pertenecer á una de estas dos categorías, y que se deseaba ir á México, era necesario comenzar por ir á uno de los arrabales de Cuernavaca para hacer una visita al tío Pin. "Caballero, se le decia invariablemente, yo deseo salir mañana á las cuatro para México; sé que conoceis perfectamente el camino, ¿no me haréis favor de ser mi compañero?"

—La contestacion obligada era esta: "Estoy á vuestras órdenes, y me encontraréis en la garita cuando salgais."

—Pues entónces se le decia: "Hacedme favor de tomar esto para que podais dar doble racion á vuestra mula;" y se le ponía en la mano una ó dos onzas de oro, segun la importancia del equipaje.

En efecto, á la mañana siguiente se encontraba al tío Pin en el lugar citado, montado en una mula. Tomaba la vanguardia; y yo os garantizo que una escolta de vein-

ticinco dragones no os daría mas seguridad que la sola persona de aquel viejo. De tiempo en tiempo se presentaban por las orillas del camino grupos de hombres de á pié ó de á caballo, armados con lanzas ó fusiles; pero el tío Pin chifaba de una manera especial, y los grupos desaparecian como unas sombras. Luego que se llegaba á las inmediaciones de la capital, el tío volvía la cara, saludaba cortesmente, enseñaba la garita de la ciudad, y decia con mucho aplomo: "Señor, se me ha olvidado mi caja de polvos en Cuernavaca; y como yo no puedo estar mucho tiempo sin tomar polvos, me permitiréis que vaya á buscarla. Hasta luego."

Y se volvía tranquilamente como un rancho que vuelve del mercado. A dos ó tres leguas de allí entraba en una casita oculta entre los árboles, donde era perfectamente bien recibido; pasaba allí la noche, y á la mañana siguiente se volvía á Cuernavaca.

—Era un hombre verdaderamente útil! exclamé. Qué ¿no se le ha mandado erigir una estatua?

—No; pero se le ha colgado á él mismo del brazo de un árbol, á la altura de veinte piés y á orillas del camino.

—Diablo! lo siento infinito. Pero decidme que no ha dejado algun sobrino heredero de su silbato y de su caja de polvos?

—No; y ¡cosa extraña! cuando la policia registró sus papeles, no pudo descubrir que el tío Pin tuviera sobrino alguno; de suerte que era simplemente un tío *in partibus*.

Fué necesario resignarse á marchar sin llevar en la expectativa ningun tío ni sobrino que consintiera en preservarnos de malos encuentros; pero como se nos habia prevenido que marcháramos con seguridad hasta Cuernavaca, me resolví á guardar

mis aprehensiones para el último dia de viaje, y salimos alegremente.

No creo muy practicable la formacion de un ferrocarril de Acapulco á México; pero sí me parece muy hacedero un camino capaz de que transiten por él coches y carros, formando rampas razonables, aun en los pasos mas escabrosos. El que hoy existe *va derecho al objeto*, y no me tomaré la libertad de recomendárselo como modelo á nuestros inspectores de caminos; pero en recompensa los turistas encontrarán en él puntos muy variados y pintorescos. La vegetacion exuberante que lo rodea, los millares de pájaros de diversos cantos que se mecian en las anchas hojas de los bananeros, las disputas de los miembros, tan variados en nombres y en colores, de la familia bullanguera de los pericos; los flamencos rojos que se bañaban en los riachuelos próximos al camino; en fin, esos ruidos armoniosos que solo se escuchan en los países calientes, nos hacian olvidar los ardores del sol y las fatigas de una marcha lenta y penosa.

En el tránsito de la Providencia á Chilpancingo, pasamos las calurosas horas de la siesta en la ribera de un riachuelo llamado el Papagayo, á la sombra de gigantescos limoneros. Veia que Mr. Macotela estaba muy entretenido en escarbar la tierra con su puñal, y en considerar atentamente los pequeños guijarros que desprendia.

—¿Qué estais haciendo? le pregunté; ¿tenéis acaso la intencion de dotar al Estado de Guerrero con un pozo artesiano?

—No es eso, me contestó sonriéndose. Deseo solamente asegurarme si la opinion de la mayor parte de nuestros geólogos es exacta.

—¿Pues qué dicen los geólogos?

—Aseguran que casi en todo el Estado

de Guerrero, y mas particularmente á las orillas del Papagayo, hay placeres de oro.

Me levanté de un brinco al oír estas palabras; corrí á nuestra reducida batería de cocina y saqué un plato, que en rigor podia servir de batea para hacer una tentadura.

—Manos á la obra, le dije. El negocio merece la pena de exponernos al sol, y de ofrecerle nuestra piel tostada á los mosquitos.

Una hora despues estábamos lavando la tierra como los viejos mineros de California. Casi todas las tortas *daban color* para servirnos de la expresion sacramental; y nótese que no teniamos mas instrumentos que nuestros cuchillos, y que la experiencia se hacia sobre la costra superficial del suelo; sin embargo, nos pareció bastante concluyente.

Al llegar á Chilpancingo adquirí la certidumbre que no solo los geólogos y los sabios, sino otras clases de personas, tienen nociones exactas sobre los criaderos auríferos; y que los placeres de *San José Piedras Blancas*, situado á la parte occidental del Estado, se explotan por una compañía bastante numerosa de trabajadores asociados; no son los únicos que existen sobre la ribera izquierda del rio de las Balsas.

¿Pero, se me preguntará, por qué no se explotan? Para esto hay dos razones: la primera es la apatía de aquellos habitantes, y la segunda, el peligro que presenta semejante trabajo. Permitidme que explique estas palabras que á primera vista podrian parecer misteriosas.

Una influencia soberana domina en todo aquel país hasta el rio de Mexcala ó de las Balsas. Esta influencia, que es inútil nombrar, y que parece temer para sí misma la suerte de los jesuitas del Paraguay, cuando se descubrieron en este país las minas